

91
A.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS



I.

DE GUADIX Á GRANADA.

Los tres primeros viajes de mi vida fueron en burro, esto es, á la morisca pobre...—¡Mi buen padre, que santa gloria haya, tenía demasiados hijos para tener también muchos caballos!

El burro... *de regalo* (llamémosle así) que su merced nos había cedido á los muchachos más pequeños, y en que solíamos ir, por turnos de dos y hasta de tres jinetes simultáneos, á comernos, al pie de fábrica, las uvas *de ojo de liebre* á que debía su celebridad nuestra inolvidable viña de las *Angosturas de Paulenca*, llamábase *Lucero*, y fué el que me sirvió de cabalgadura para los mencionados tres viajes.

Principiaron éstos por una excursión

15208

de dos días, que hice en calidad de escudero de mi propio padre, al *Marquesado del Cenet*, ó sea á varios pueblecillos enclavados en las faldas septentrionales de *Sierra Nevada*...—¡Catorce años tenía yo entonces, y aún me parece estar viendo los amenísimos barrancos de *Gérez* y de *Aldeire* y las inmensas moles de hielo del *Mulhacem!*... ¡Tal impresión dejaron en mi ánimo!—También recuerdo vívisimamente el soberbio *Castillo de Lascalahorra*, alzado sobre el pueblo del mismo nombre...—Data el *Castillo* de los días de la Reconquista; pertenece á los Duques del Infantado, y habitábalo entonces un su deudo y administrador... Mohosas armaduras de los últimos tiempos de la espada y gruesísimos cañones de los primeros tiempos de la pólvora hablaban allí todavía de antiguas y santas guerras, y realizaron, por tanto, á mis ojos de poeta incipiente, todos los cuadros bélicos que ya había yo imaginado y soñado, leyendo, á escondidas de mis juiciosos padres y maestros, las *Novelas de Walter Scott*, una detestable traduc-

ción en verso castellano de *La Jerusalem libertada* y la *Historia del Rebelión y Castigo de los Moriscos*, escrita por Mármol; libros que me prestaba en secreto una señora casi mayor, medio casada y medio viuda, que habría sido totalmente guapa, y que aún cuidaba mucho sus manos, sus dientes y su calzado; la cual se complació largo tiempo, no sé por qué, en aumentar mi afición á lo heróico y maravilloso, para acabar luego por darme á leer ciertos librejos menos ideales y cristianos... que constituían el fondo reservado de su biblioteca.

Mi segundo viaje en burro fué á los *Baños de Alicún*, distantes seis ó siete leguas de mi ciudad natal, y á donde no fuí á bañarme, aunque *Alicún*, en árabe (según Nebrija), quiere decir «*la Salud*,» sino escapado del hogar paterno (primera salida mía á lo D. Quijote), á fin de admirar, en unión de otros zagalones imberbes, caballeros también en sendos jumentos, las grutas de estalactitas y estalagmitas donde nace el agua bicarbonatada cálcica que hace allí milagrosas curas

desde la dominación de los Moros... *inclusive*.—Perfectísimamente recuerdo la emoción poética que me causó esta romería... ¡Si Sierra Nevada, pocos días antes, me había parecido la Amaltea andaluza, depositaria de la abundancia y la fecundidad, las grutas de *Alicún*, situadas al opuesto confín de la diócesis en que vine al mundo, me parecieron los Reinos de la Muerte, quiero decir, los Infiernos de Plutón (de que ya me había hablado Virgilio durante el segundo curso de latín), ó más bien nuestro propio Infierno católico, que por entonces era mi única y constante pesadilla.

Tercero y último viaje en burro:—Á *Granada*, el otoño de aquel mismo año (1847), á graduarme de bachiller en Filosofía.

¡*Granada!*...—En muchos libros he hablado de su hermosura, superiormente descrita además en prosa y verso por grandes literatos de todas las naciones... Me limitaré, pues, aquí á declarar, lisa y llanamente, que nada he visto en España, ni en Francia, ni en Suiza, ni en la hechi-

cera Italia, que sea comparable con aquella vega siempre verde, con aquellos cármenes siempre floridos, con aquella sierra siempre nevada, con aquellas nobilísimas torres de color de oro, con aquel Palacio soñado por los genios de Oriente y con aquel cielo de amor que todo lo cobija; y, dicho esto acerca de la antigua corte de los Alhamares, paso á hablar del *camino*, nada más que del camino, de Guadix á Granada.

Setenta y nueve veces lo he recorrido, la mayor parte de ellas á caballo, y ni una sola han dejado de maravillarme los singularísimos y variados cuadros que ofrece á la vista aquel trayecto de diez leguas escasas.—Principiad por haceros cargo de que el tal camino corta, á media altura, el más importante estribo de la colosal *Sierra Nevada*, en cuyos misteriosos barrancos penetra,—cuyas vírgenes aguas ve saltar espumantes de risco en risco,—á cuyas pedregosas crestas asciende,—por cuyas plácidas mesetas se dilata,—en cuyos encinares á las veces se oculta...—Comienza la ascen-

sión, al terminar el redondo valle de Guadix, por la pendienteísima *Cuesta de Diezma*, trazada en zig-zag sobre una masa de arcilla, que forma como la peana de la verdadera Sierra y que no es más que el sedimento resultante de diluvianas inundaciones. Posteriores aguas torrenciales, que necesitaron salida, rompieron á su vez, á todo lo largo y en toda su profundidad, esta masa arcillosa, abriendo allí cierta especie de tajo de mis pecados, por cuyo borde meridional pasan hoy (¡demasiado cerca!) las redobladas *eses* del camino, mientras que la opuesta pared del pavoroso derrumbadero recrea vuestros ojos, y como que os seduce y atrae, con el mayor prodigio de toda la jornada; prodigio tan singular y raro, que el buril lo ha reproducido en muchos libros de viajes, así nacionales como extranjeros.

Porque es el caso que las lluvias, al caer sobre aquella pared vertical, han labrado la greda, ora por percusión oblicua, ora por filtraciones iniciadas en lo alto, fingiendo, en una extensión de me-

dia legua, las más elegantes y menudas tallas de la arquitectura gótica—junquillos, hornacinas, doseletes, agujas, portadas, torres;—y, como la greda ó arcilla tiene igual color que el mármol viejo, resulta completa la ilusión con que se admira aquel interminable templo sin culto, denominación ni fieles, que parece pertenecer á un mundo fantástico.

Casi á la mitad de la jornada, después de pasar unos medrosos encinares, llamados el *Chaparral de Diezma*, y poco antes de llegar á la más poética y morisca de todas las ventas andaluzas, cuyo justificado nombre es *El Molinillo*, hay dos cerros que sirven como de tambores ó contrafuertes á la gran ciudadela central de la Sierra y que también son dignos de largo estudio... ¡Todos los colores y matices de que nuestra madre y profesora la Naturaleza hace gala en minerales, flores y plumas, están allí, como en paleta de pintor, mezclados, pero no confundidos!... Parecen, pues, aquellos cerros dos magníficos y descomunales ramilletes, cuyas intensas y bien concer-

tadas tintas recomiendo á mi amigo el eminente paisajista Häes.

Respecto de la cumbre ó *divisoria*, llamada los *Dientes de la Vieja*, me referiré á las primeras páginas de mi novela *El Niño de la Bola*, donde (guardadme el secreto) he descrito aquel sublime paisaje, sin revelar su nombre.—Los tales *dientes* son, como quien no dice nada, las mismísimas crestas de la alta sierra, el riscoso y mellado perfil que desde lejos se la ve dibujar en el cielo, un laberinto, en suma, de blancos peñones plantados de pie en mitad del camino, á la manera de fantasmas interpuestos entre dos horizontes.—Pues imaginaos ahora aquella cumbre, tal y como yo la ví por primera vez, á la edad de catorce años y pico, á media noche, á la luz de la luna, asustado, con sueño, en burro, llevando un mundo de quimeras poéticas en la imaginación y oyendo á los arrieros hablar de asesinatos y robos ocurridos cerca de tal ó cual de aquellos dólmenes, y decidme si no está plenamente justificado el que treinta años después la eligiese para tea-

tro de la presentación de mi trágico *Manuel Venegas*.

En cambio, nada más risueño y gracioso que el cuadro que ví al salir el sol, cuando todavía nos faltaban dos leguas para llegar á *Granada*.—Llevábamos ya bajados por aquella parte dos tercios de la altura á que habíamos subido por la otra... La sierra iba de vencida... Sin embargo, entre la Capital y nosotros se interponía aún la estribación subalterna en que se asienta el pintoresco pueblecillo de *Huétor-Santillán*... Pero he aquí que de pronto los cerros comienzan á separarse, determinando una depresión triangular de la línea del horizonte y dejando ver á lo lejos una *pañoleta* (así la llaman mis paisanos) del horizonte subsiguiente, ó sea un vistoso y alegre pedazo de la amplia vega granadina....—Ocho ó diez leguas de extensión, al menos por enfrente de nosotros, tendría aquella otra comarca que fulguraba, allende el maravilloso rompimiento, como un país de las *Mil y una noches*...—«Todo aquello que ves (me decía mi buen padre, cabalgan-

do á mi lado y dándome mucha conversación para que no me durmiera), todo aquello está más allá de *Granada*... La parte verde y menos distante, donde relucen aguas, es la famosa *Vega* de la ciudad. En cuanto á la misma *Ciudad*, puede decirse que ya estamos casi encima de ella. Dentro de una hora descubriremos á nuestros pies la *Alhambra* y el *Generalife*.»

¡*Granada!* ¡*la Alhambra!* ¡*el Generalife!*... ¡Qué nombres para mí, que ya había leído, gracias á la susodicha señora casi mayor, la *Historia de los bandos de Zegries y Abencerrajes*, por Pérez de Hita, y la novela de Martínez de la Rosa, *Doña Isabel de Solís*, y millares de versos antiguos y modernos acerca de la Cruzada de Occidente!... ¡Para mí, que en materias *políticas* (léase históricas ó historiales) era entonces mucho más moro que cristiano!

Llegó, por último, el ansiado momento... Llegó el momento de descubrir á *Granada*, y su *vega*, y la *Alhambra*, y el *Generalife*, y *Santafé*, y *La Zubia*, y

cien otros pueblos y caseríos, primero desde las alturas de *El Fargue*, y después desde las de *Fajalauza*... y fué tal allí mi emoción, que, para hacérsela comprender enteramente, creo lo mejor no deciros nada, sino remitiros á la admirable pintura que de aquel panorama hizo Chateaubriand en su romántica novela, de venta en todas las librerías, titulada *El Último abencerraje*.

Porque habéis de saber que el Moro denominado «*el último abencerraje*» llegaba también por el *camino de Guadix* cuando descubrió la Ciudad de las mil torres.